

EL TRÍO DE LA DAMA NEGRA



Capítulo 20

UN CLUB DE CABALLEROS



De repente se hizo el silencio.

Las carcajadas cesaron, los vasos bajaron y la banda de quinquis y degolladores congregada en aquella enorme estancia calló de golpe, como si alguien hubiese dado la orden de enmudecer en el acto.

Sherlock, Lupin y yo nos apretamos uno contra otro en el rincón más oscuro que encontramos. Confiábamos en resultar completamente invisibles, sombras en medio de otras sombras.

Lo primero que vimos fue que las espaldas débilmente iluminadas de los malhechores más lejanos a nosotros se inclinaban levemente hacia delante.

Otros se quitaron los sombreros y los estrujaron entre sus manos. Hicimos lo mismo que ellos. Por suerte, pensé, Lupin me había despertado de golpe con sus piedrecitas contra la ventana y mi pelo debía de parecer lo bastante salvaje como para no suscitar sospechas.

El motivo del repentino silencio, las inclinaciones y reverencias nos quedó claro por fin: era un hombrecito de cráneo brillante y ojos porcinos, embutido en un traje de gala gris dos tallas menor de lo debido. Los botones de madreperla del chaleco parecían a punto de salir proyectados y la corbata negra estaba anudada a su cuello con un nudo corredizo.

El hombre saludaba a diestro y siniestro con sus manos enjoyadas y de largas uñas, que me recordaron a las del concierge del Hôtel des Artistes. Pero, aparte de aquel miserable detalle, los dos hombres no tenían nada más en común.

Se dirigió al centro del salón, donde habían montado una tarima de madera. Me fijé en los pantalones de su traje, que se le ciñeron a las piernas con el saltito que tuvo que dar para subir a la misma, y en las cadenas de oro de sus dos relojes, que llevaba orgullosamente en el bolsillo del chaleco.

—¡Señores! —empezó a decir una vez en la tarima—. Señores y señores, porque, para fortuna nuestra, ¡en nuestras reuniones no admitimos señoras!

Aquel comienzo hizo reír a los presentes, Lupin incluido, al menos hasta que le lancé una mirada matadora.

—Me alegra de verdad que hayáis venido todos —prosiguió el hombre—, puesto que los acontecimientos de los últimos días están poniendo en serias dificultades nuestros negocios. Todos hemos sido testigos de la curiosidad de los policías y de sus preguntas inoportunas. Curiosidad e investigaciones que podrían hacer peligrar nuestro bien ensayado método de cobro de préstamos...

Alguno rio.

—Así es, señores... —prosiguió el hombre—. El caso del naufrago, como lo han denominado en la ciudad, nos ha echado encima más husmeadores de los que estamos dispuestos a soportar. Y tenéis razón, con toda la atención puesta en los últimos acontecimientos, podría volverse más difícil trabajar en paz, sin policías merodeando alrededor.

—¡Bien dicho, Salvatore! —exclamó alguien.

Salvatore hizo un gesto para que todos permanecieran callados.

—Pero no perderé tiempo en inútiles circunloquios... Os adelanto que las últimas noticias son tranquilizadoras. Parece que el inspector Flebourg no pedirá refuerzos al distrito central y que, en los próximos días, la presión de la policía aflojará.

Un murmullo de aprobación se extendió entre los asistentes.

—Para aquellos de vosotros que no estaban presentes en nuestra anterior reunión de caballeros —siguió diciendo Salvatore—, recordaré brevemente lo sucedido. Ese parisino, el llamado naufrago, el hombre que fue encontrado la otra mañana en la playa al norte de Saint-Malo, había contraído con nosotros deudas de juego por valor de casi doscientos napoleones.

Miré a Sherlock y a Lupin. Era una cifra realmente considerable. Suficiente para hacernos comprender lo que había ocurrido después.

—Sin sumar las cuentas de los dos hoteles en los que se alojaba.

—¿Hemos descubierto cómo se llamaba, Salvatore? —preguntó uno de los presentes.

El hombre de la tarima se metió los pulgares en el chaleco y se echó a reír.

—¿Y qué importa cómo se llamase? ¡Ahora está muerto!

Una carcajada resonó en el salón.

—¿Y nuestra deuda, Macri? —preguntó otro—. Si fuese el Hôtel des Artistes el que nos debiera cuarenta napoleones, primero le vaciaría la bodega y luego le quemaría las cortinas... Pero, con un muerto, ¿cómo lo hacemos?

El hombre llamado Salvatore Macri tuvo que gesticular lo suyo sobre la tarima para restituir la calma.

—¡Señores! ¡Tengan la amabilidad, señores! ¡Todo está bajo control! —dijo agitando las manos enjoyadas como un director de orquesta—. ¡La deuda ha sido saldada!

En cuanto se hizo de nuevo algo de silencio, Salvatore Macri dio una palmada. Le entregaron una bolsa de piel que abrió ante los ojos de los presentes. Estaba llena de billetes de diversa cuantía.

—¡Este es el precio que he obtenido de nuestro amigo el orfebre de París, el de la rue du Temple, a cambio del collar de diamantes con que la señora Martigny ha contribuido gentilmente a nuestra causa! —exclamó Salvatore Macri en medio del murmullo que se había alzado al enseñar el dinero—. ¡Calma! ¡Señores! ¡Un momento de calma! Demos las gracias a la señora Martigny, naturalmente, pero sobre todo a la habilidad acrobática de nuestro llorado señor Poussin o Lambert, los nombres con que se hacía llamar, por haber logrado introducirse en su casa desde el tejado y robar para nosotros el collar. Es una lástima, he de decir, el haber descubierto sus dotes de acróbata tan tarde; trabajando para nosotros, habría podido desvalijar las viviendas de algún otro rico visitante a nuestra ciudad, ¿no creéis?

Los asistentes rieron.

—Pero, por desgracia, su carrera de pésimo jugador y excelente ladrón ha tocado a su fin. ¡Recemos una plegaria por él, señores! Y ahora sigamos con los números, que, desde luego, ¡nos interesan más!

Levantó la bolsa y la enseñó a los presentes.

—Naturalmente, ya he descontado mi comisión y una cifra simbólica para convencer a nuestros dos, ejem, «amigos» de la policía de que obstaculicen la investigación. Lo cual han hecho con presteza, contentísimos de desairar a ese lechuguino del inspector Flebourg. Y lo que queda sirve para cubrir de sobra los gastos que a todos nosotros nos acarrearán las diversiones de nuestro huésped de doble nombre. ¡Son casi sesenta napoleones de oro! —concluyó el hombrecillo de gris con un *crescendo*.

Una serie de pintorescas exclamaciones e imprecaciones que nunca había oído se dejaron oír en seguida entre la congregación de caballeros, subrayando aún más, por si acaso hubiera habido necesidad, la naturaleza criminal de aquella reunión.

Colándonos entre ellos aquella noche, habíamos descubierto en poco tiempo buena parte de la historia que ignorábamos y cada uno de nosotros tres, ahora, estaba haciendo en su interior las conexiones restantes. En aquel edificio en ruinas estaba camuflada una especie de timba clandestina, controlada por aquel italiano vestido de gris, Salvatore Macrì. Un lugar donde se aligeraban los bolsillos de los ricos veraneantes a la búsqueda de distracciones y que, por lo que parecía, tenía contactos nada limpios con las actividades de buena parte de los hoteles de la ciudad. También la policía recibía su recompensa. Y daba la impresión de que nuestro náufrago se había endeudado hasta tal punto con aquellos nobles señores de navaja fácil que había sido obligado a robar las joyas de una señora para poder pagarles.

Cada elemento de la historia parecía encajar en su sitio ahora, y cada comportamiento tenía su explicación: por eso los gamberros callejeros, peces pequeños de aquella organización, nos habían amenazado; y por eso también el inspector Flebourg siempre se mostraba tan torpe en sus investigaciones; no era él el mal investigador, sino que, parecía ser, estaba rodeado de hombres pagados para entorpecer el curso de la justicia.

La cabeza me daba vueltas, pusiera donde pusiese mis pensamientos no veía más que personas siniestras y dedicadas al crimen. Nunca antes había pensado que pudiera haber organizaciones secretas que practicasen negocios sucios en las sombras de amenas ciudades turísticas. Ni había pensado nunca que pudiesen existir traidores entre los hombres de la ley.

Pensándolo ahora, después de todo lo que he vivido, casi envidio la ingenuidad de aquellos años y el rigor de mis principios más profundos; esos mismos principios a los cuales, pese a todas las razones que haya tenido en contra, nunca he

renunciado. Como la amistad; la amistad indisoluble, por ejemplo, que a partir de aquel verano me unió al más grande de los ladrones y al más grande de los detectives de todos los tiempos.

Los siniestros personajes llegados para aquella reunión se arremolinaron en torno a Salvatore Macrì y su bolsa, dándose codazos y berreando frases irrepetibles. No pude evitar imaginármelos como otros tantos cerdos delante del comedero.

Era evidente que la reunión estaba llegando a su fin, y Sherlock, Lupin y yo intentamos pasar inadvertidos a la espera de que dejaran caer de nuevo la escalera y pudiésemos salir de allí.

Me sentía sudada y sucia, pero no era la suciedad física la que me hacía sentir a disgusto, era más bien el forzoso contagio con aquellas personas, cuya existencia, como ya he dicho, ignoraba hasta entonces.

—Esperad un momento... —nos susurró en determinado momento Lupin. Y se paró a cruzar unas palabras con uno de los «caballeros».

Sherlock y yo fingimos que nos interesábamos en una de las ventanas tapiadas de la casa, moviéndonos lo menos posible, con las manos en los bolsillos y evitando que nuestra mirada se encontrara con la de otros.

Oímos ruido de jaleo en el piso inferior, pero al principio no hicimos caso. Luego, sin embargo, el bullicio se volvió más intenso y alguien empezó a llamar a voces a Salvatore Macrì.

El jefe de la organización tardó aún unos instantes en oírlas, más de lo que necesitamos nosotros para alarmarnos. Lupin llegó hasta nosotros en dos zancadas y cruzó una mirada con Sherlock que no logré interpretar.

—Por allí —dijo Sherlock indicándonos la puerta por la que había aparecido Macrì y que se encontraba en la parte opuesta a aquella desde la que nos habíamos introducido en la sala.

—¡Y démonos prisa! —añadió Lupin agarrándome del brazo.

Nos movimos rápidamente, salvando viejas alfombras y sillas maltrechas mientras, abajo, los gritos se volvían más claros:

—¡Salvatore, Salvatore! ¡Han amordazado a Jérôme!

Ya no quedaba duda de que nos habían descubierto: Jérôme debía de ser el guardián del portón que Sherlock había dejado fuera de combate con un golpe en la cabeza.

Intentamos proseguir nuestra huida sin llamar la atención, pero, justo cuando casi habíamos alcanzado la puerta por la que había llegado Macri, esta se abrió en las narices de Sherlock y apareció el pequeño Spirou con una bandeja de plata llena de tacitas desportilladas. Según parecía, también allí su función era la de pinche y camarero. Nos miró a los ojos y hubo un momento de indecisión en los cuatro. Luego Spirou chilló:

—¡Eh! ¡Vosotros! ¡¿Qué hacéis aquí vosotros?!

—¡Quítate de nuestro camino, maldito estúpido! —exclamó Sherlock. Lo tiró al suelo de un empujón en medio de un estrépito de tazas y cucharillas de plata, y saltamos por encima de él.

El estupor duró menos de tres segundos. Corrimos a las habitaciones de Salvatore Macri mientras un rugido de rabia se alzaba a nuestra espalda como una marea.

Actividades

Responde estas preguntas en la libreta de lengua o descárgalas en un documento de word:

 *¿Por qué de repente se calló todo el mundo en la habitación?*

 *¿Quién era realmente el náufrago muerto que había aparecido en la playa?*

 *¿Cómo consiguió Salvatore Macri que la policía tuviese dificultades para investigar?*

 *¿Por qué tuvieron que huír Sherlock, Lupin e Irene?*

 *¿Qué sucedió justo cuando estaban a punto de alcanzar la puerta para salir?*

Corregiremos las respuestas el lunes en la clase por videoconferencia.